



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

FÉLIX RECIO

Carta sin dirección.

UN PEQUEÑO REPORTER

De la semana picaresca.

MARIANO F. CONDE

Moralejas.

J. PÉREZ CARRASCO

El matrimonio en Norte América

JOSÉ FRANCÉS

Talión.

AGUSTÍN PAJARÓN

Magdalena.

MANUEL CUBAS

Tomar la alternativa.

LUIS DE OSSA

La buena sociedad.

TOVAR, DEMETRIO, ALFONSO

y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Pepita Sevilla, José Francés y otros dibujos.



PEPIITA SEVILLA

Madrileña castiza, un portento de gracia y de guasa viva...

5 cénts.



INGENUA CONVERSACIÓN
QUE SOSTENÍAN Á VOCES
AYER DOS NIÑOS PRECOCES
DE UN INFANTIL BATALLÓN

—Yo el mejor día deserto del batallón infantil, pues me tiene medio muerto la limpieza del fusil.
—¡Qué! ¿Ya no te la hace aquella prima?

—¿Qué prima?

—Tu novia.

¡Quiá, no! Dice que la agobia que esté siempre encima de ella, sin dejarla ni un momento, para que me limpie el traje de uniforme, el correaje, las botas y el armamento.

¿Pues qué quiere? ¿Que un soldado del batallón infantil, que casi siempre está armado, se limpie solo el fusil?

¿De qué nos sirven, si no, vamos á ver, las mujeres?

—Es lo que la he dicho yo también; pero ¡que si quieres! No la he podido meter, por más que hago, en la cabeza que para eso es la mujer:

para hacernos la limpieza del uniforme, las botas, el correaje, el machete y el fusil; pero ¿quién mete en caja á esas cabezotas de mujeres, que son tercas y tozudas como un mulo?

—Pues hazte el loco... Te acercas, y con todo disimulo descuelgas el máuser y se lo pones en la mano.

—Y ella va, y me dice á mí: «Perdone por Dios, hermano; pero no estoy por limpiarle más el fusil á un «quintorro». Y entonces, ¿qué hago yo?

—Darle,

por sinvergüenza, un mamporro.

—Bien; dejando ya eso aparte, tampoco me hallo conforme con que tengas que arreglarte por tu cuenta el uniforme, cuando debería ser cosa de la Asociación que sostiene el batallón infantil, para poder exhibirse y figurar á nuestra costa. Yo estoy decidido á desertar, y cualquier día me voy con la música á otra parte.

Ya ves; esa garambaina del machete va á costarte, cuando te echen otra vaina, dos pesetas por lo menos.

—Pues... ¡paciencia y barajar!

¿Las piensas «apoquinar»?

—¡Qué vida! ¡Como los buenos!

—A mí se me ha roto ayer el barboquejo del ros, y no le pienso poner otro nuevo ni «pa» Dios...

Tras de tirarme seis horas á pie firme en la «kermese» por dar gusto á las señoras de la rifa, ¿darla yo ese disgusto á la abuela, «para que no hagamos mal papel»?...

¡Ni que «hubiá» venido en el corto de Guadalajara!!

—Bueno, chico, tú verás qué es lo que más te conviene; pero ¿qué de extraño tiene que ayer te tirases las seis horas de pie? ¿Te espantas de eso, cuando sabes que me he tirado yo de pie muchos días otras tantas?

—No; pero ya te lo advierto: yo el mejor día deserto del batallón infantil, pues me tiene medio muerto tanto limpiar el fusil.

Por los interlocutores,

Carlos Miranda

CARTA SIN DIRECCION

CON Anacleto Pérez está ayuntado legal y dolorosamente con una mujer terrible y celosa que le persigue, le pregunta á cada momento «¿dónde has estado?»... le pega si lo cree necesario, no le deja salir de noche y hasta le prohíbe usar lentes



—Las tres de la tarde y aún estás en la cama.

—Pues chica, estoy por varias razones; la primera, porque hasta ahora ha estado Ricardo...

—Bueno, bueno; suprime las restantes.

ahumados y calcetines transparentes, frescos y vistosos.

En el fondo de tales exigencias hay, más que un desbordamiento egoísta de amor, una repugnante y miserable cuestión de intereses. La voracidad de doña Mónica, que así se llama esta modelo de suegras, es insaciable.

—Lo que el títere de mi marido—dice—pueda gastar por ahí, hace falta en mi casa...

Y fiel á este criterio, hasta sin tabaco le deja.

Entretanto don Anacleto, que jamás tuvo coraje para rebelarse contra estas deprimentes imposiciones conyugales, pudo, abste-

niéndose de fumar y de tomar café, sisar unas cincuenta ó sesenta pesetitas mensuales, con las que cooperaba á cubrir las necesidades de cierta planchadora que, para aumentar la suma de sus malandanzas y disgustos, se atravesó en su camino honrado una noche de mucho calor.

Estas relaciones permanecieron ocultas dos meses, hasta que ayer la moza resolvió darle á don Anacleto una zancadilla definitiva, como para ganarle completamente ó perderle del todo. La estratagema, como ustedes verán, es digna de los más famosos componedores de sainetes.

Don Anacleto llegó á casa de la «socia» y la halló hecha un basilisco y vomitando venablos contra un hermano suyo.

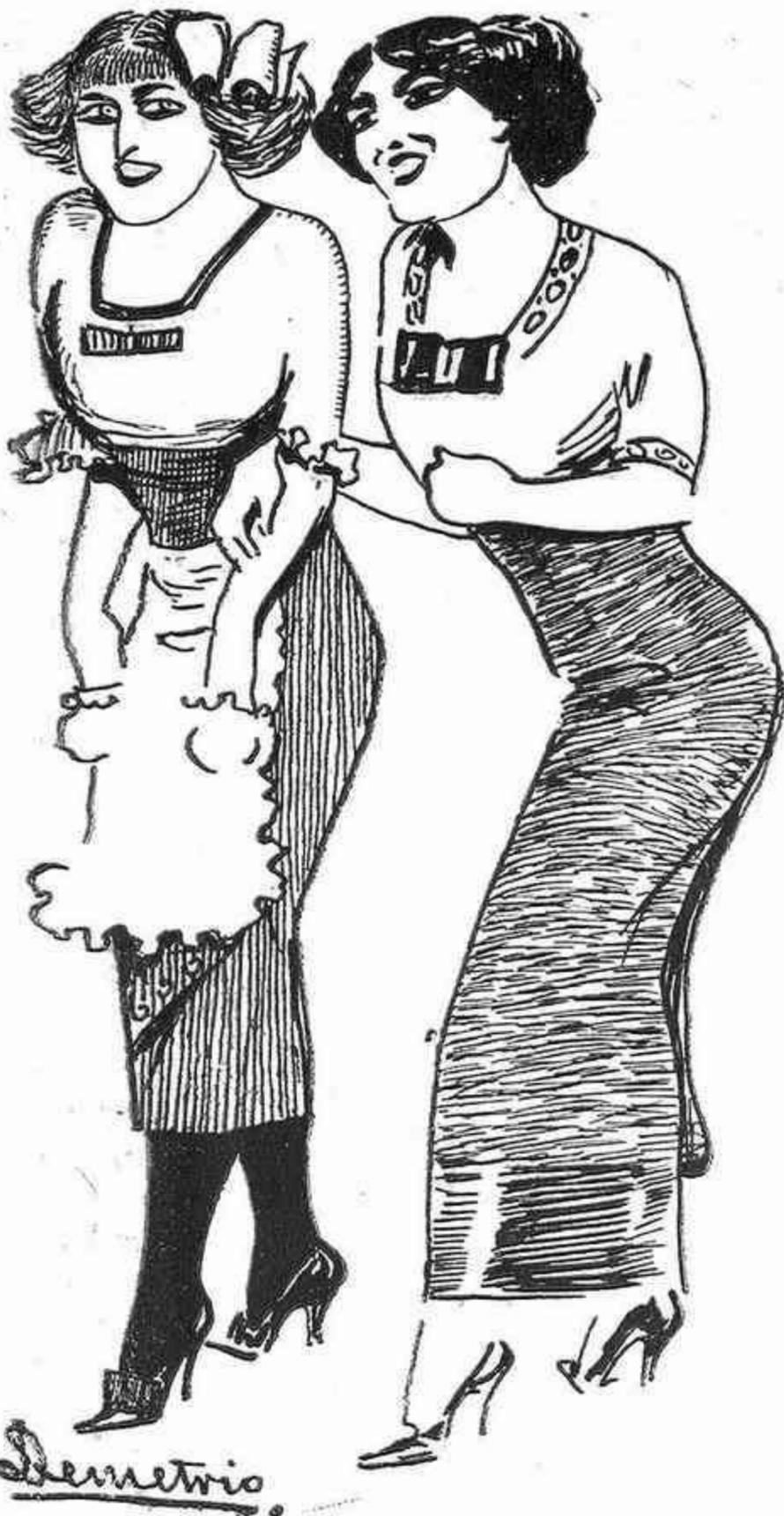
CHULERÍAS



Costillares. —¡Es usted una mujer de las de no te menees!

La señora, aparte. —Este opina al revés que mi marido.

—¡A tiempo vienes, Anacleto!—exclamó la joven—; es preciso que me escribas una carta para mi hermano Hilarión ordenándole que no vuelva á poner aquí los pies. Yo estoy



—¿Cómo pudiste sujetarle con una mano, teniendo él tanta fuerza?

—¡Ay, hija!; porque á los hombres es según el donde se los agarra!

demasiado nerviosa y no puedo ni coger la pluma.

El buen señor cayó en el garlito como incauto gazapo, y sentado ante una mesa, se dispuso á escribir.

La joven dictaba:

«Todo ha concluido entre nosotros; no

puedo aguantarte ni un día más; no pienses volver á verme, te aborrezco, te odio; eres peor que todos los demonios juntos...»

Continuó dictando un rosario de improperios, de tal modo ordenados, que nadie hubiera sabido decir si iban dirigidos á un hombre ó una mujer. Don Anacleto, asustado de tantas enormidades, quiso interceder en favor de Hilarión.

—Me parece mucho—repetía—, mucho... debes moderarte...

Ella le interrumpió:

—¿Tú, qué sabes? Todo cuanto digas á ese miserable, es pálido y dulce.

Y prosiguió dictando:

«Tú lo que quieres es mi dinero, ¿verdad?.. Pues bien: te quedas sin él; desde hoy en adelante busca techo que te cobije y mantá que te envuelva. Los cincuenta ó setenta duros que gano mensualmente con mi trabajo, son para mí y la persona que yo quiero...»

—Está bien—agregó la joven—; yo firmo la carta y en paz, y mi hermano, viendo tu letra, comprenderá que tú estás al corriente de todo y no osará importunarme.

Don Anacleto, enternecido, balbuceaba, los ojos llenos de lágrimas:

—¿Pero es cierto que me quieres tanto?

Ella le besó, le dio cariñosos azotitos en el cogote y le echó á la calle suavemente, gozoso y risueño.

No bien se fué, la joven firmó la terrible carta del esposo, imitando su letra, lo que no le fué difícil, y sin perder momento se la remitió á doña Mónica. Imagínense ustedes, caros lectores, el entrecejo que ésta pondría al leer aquello de: «Todo ha concluido entre nosotros...»

Y, especialmente, los espantosos renglones que decían:

«Los cincuenta ó setenta duros que gano mensualmente con mi trabajo, son para mí y la persona que yo quiero...»

Cuando don Anacleto, bien ajeno á la tempestad que se cernía sobre él, regresó á su casa, doña Mónica le arremetió, rompiéndole en la cabeza un jarro del agua.

Resumen:

Que don Anacleto se ha quedado sin café, sin tabaco y sin planchadora. Y, lo que es peor aún: más casado que antes.

Félix Recio

LEA USTED EL JUEVES

LA HORA DE LA CAÍDA

20 CÉNTIMOS

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

¡HAY QUE EXPANSIONARSE!

No nos podemos quejar los madrileños.

Estamos pasando un verano francamente aceptable, hasta el extremo que, si no fuera por que el calendario se empeña en decirnos que la actual estación es la del calor, no nos daríamos cuenta de ello. Bien es verdad que aún queda tela cortada y pudiera ser que antes de una semana se achicharrase hasta la Cibeles, á pesar del doble riego que constantemente recibe; pero, mientras tanto, que nos quiten lo bailado, ó, mejor dicho, que se lo quiten á los detractores del verano, porque yo, entre helarme de frío ó asarme de calor, prefiero estar callen'e, y en buena hora lo diga.

Las que opinan como yo, que son la mayoría de las mujeres, protestan de esta prolongación del tiempo fresco, que no les permite lucir las *toilettes* francamente estivales que, como es lógico, son mucho más atractivas que las que hasta ahora han venido obligadas á llevar.

La madre Naturaleza, el Gobierno, el Ayuntamiento ó quien tenga la culpa de esto, debían comprenderlo así y procurar los medios de que lo más rápidamente que pueda ser queden satisfechas no pocas que están deseando que venga el calor para justificar la transformación.

De algunas sé que están verdaderamente indignadas, por que si esto sigue así les va á ser imposible la libre exposición de sus naturales atractivos, y se sienten estafadas, porque, á pesar de que los rotativos la vienen anunciando, la famosa ola de calor no llega aquí, á pesar de haber recorrido ya

todas las demás capitales de Europa, y están seguras de que es cosa del Sr. Fernández Llano que le ha prohibido visitarnos para que, como consecuencia lógica de la elevación de temperatura, no viniese á alterar nuestras recatadas costumbres.

Porque, no lo duden ustedes, si todo eso que los telegramas nos cuentan es verdad y la ola viene, va á ser cosa de que el Ayuntamiento autorice á convertir el Retiro y el Parque del Oeste en otros tantos Paraísos terrenales, y que los vecinos de Madrid nos constiuyamos en Adanes y en Evas provi-



El. — ¡Nati, que te voy á atizar! ¡Que me estás calentando!

Ella. — ¡Milagro pa ti!

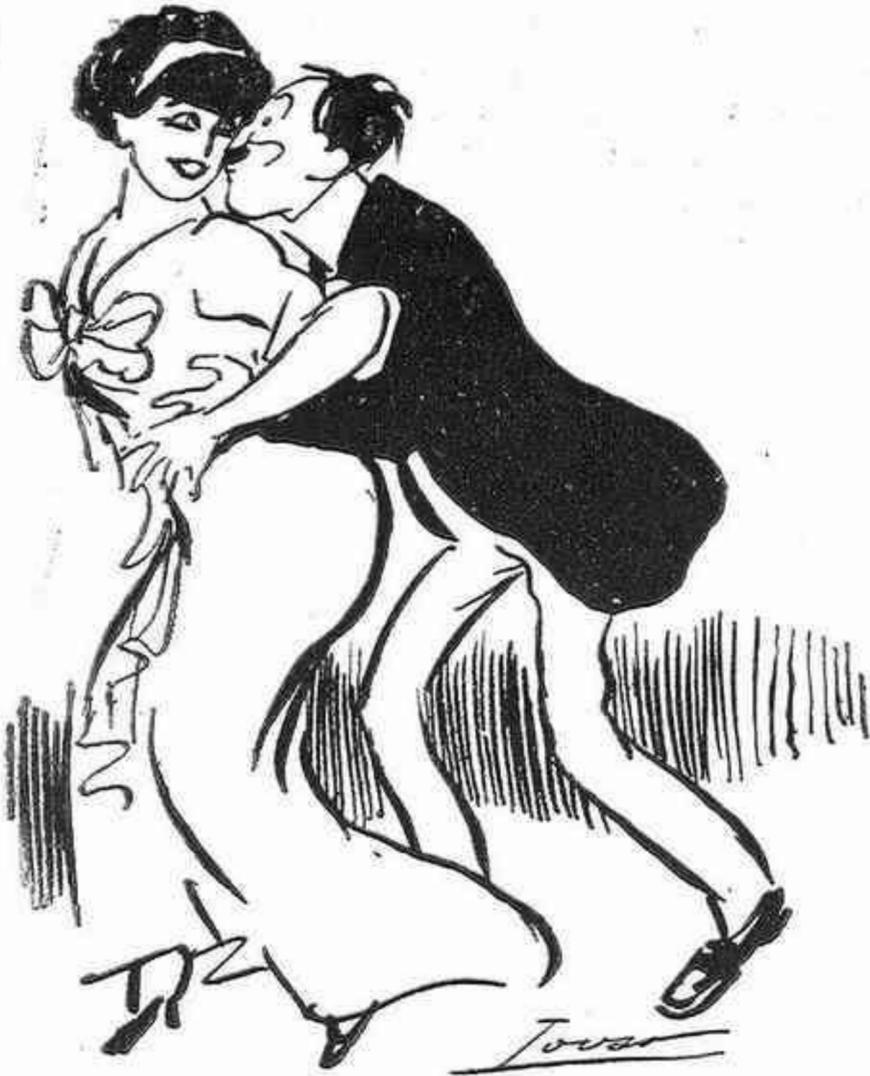
sionales y pasarnos allí una temporada, dándole bocaditos á la manzana hasta quedar rendidos, esperando á que la ola tome nuevamente las de Villadiego.

Todo será que cuando llegue la primavera, si mi cuenta no falla, el propio Municipio, y como compensación, aumente el número de «Gotas de Leche», porque, según han convenido nuestros ediles, andamos muy mal de nutrición láctea y la raza va de

generando por momentos. Pero entretanto tan extraordinarios acontecimientos llegan, y reparémoslos á divertimos en gordo, según nos promete la feliz iniciativa de *El Imparcial*. Vamos á tener la mar de distracciones gratuitas, y eso siempre es un consuelo.

Porque la verdad es que nos aburríamos como ostras y no nos quedaba ya otra dis-

BARRUNTANDO LA OLA



- ¿Pero que hace usted, Martínez!
- Señora, aprovechando; porque ya viene.
- ¿Y quien viene?
- La Ola de calor...
- Tonta, ¡yo creí que era mi marido!

tracción que cortar los cupones de los periódicos que ofrecen cosas á sus lectores, ó enviar quejas á «La voz de la calle» del *Heraldo*.

Entre las cuales quejas leí el otro día una que tiene la gracia por arrobos, y que no puedo resistir á la tentación de transmitir á ustedes por si no la han leído. Se trata de un señor de quien un vecino se quejó por que tenía el balcón de su casa convertido en gallinero. Y he aquí en qué términos más razonados replica el aludido. Dice así:

«Se trata, Sr. Rocamora, de que hace tres meses nos regalaron media docena de polli-

tos, que han ido muriendo por falta de aire puro, y no nos queda más que una pollita, que es la distracción única de mi señora y cuñada, y para que le dé el sol la tenemos por el día en el balcón, alambrado y dispuesto para que no caiga comida ni agua á los vecinos. Con esto ni molestamos á nadie ni comprometemos la salud pública.»

Y tiene más razón que un santo. Es que aquí nos metemos ya en todo. Si á su señora y á su cuñada no les queda más distracción que esa pollita superviviente, ¿qué derecho tiene el follón del denunciante anónimo á privarles de tan legítimo placer?

Para eso, para evitar que los desocupados pasen el tiempo en chinchorrear al prójimo con denuncias de la índole de la anotada como muestra, es por lo que conviene, ó, mejor dicho, precisa que prontamente vengán esos festejos populares que nos están organizando.

Pero conste que yo preferiría que viniese la ola de calor.

¡Me iba á regodear poco buscando Evás por las frondosidades del Retiro!

Un pequeño reporter



MORALEJAS

Hay un cura en Cañete
que lleva m'riñaque en el bonete;
y una monja en Cutillas
que se pone en el hábito trabillas:
Está en lo firme Picio
al afirmar que el celibato es vicio.

*

De un periódico leí en
la sección de *Varietades*,
y, ante las mil necesidades
que en la tal sección vesán,
dijo Pepe á Luis Mercé:
Aquí se han equivocado..
Varietades... Han cambiado
por una erre la ce.

Mariano F. Conde

LEA USTED EL JUEVES

LA HORA DE LA CAÍDA

¡QUE ES COSA BUENA!

EL MATRIMONIO EN NORTE AMERICA

UNA NOTICIA DEL «NEW-YORK-HERALD»



EN las oficinas de la Municipalidad firmaron ayer el contrato de esponsales la señorita Ketti Windsor y el distinguido y aventajado Tomás Sforz, dependiente de la refinería de petróleos de los señores Truch Leyson y Compañía.

Damos mil parabienes á los nuevos có-

EN EL BUEN RETIRO



—Qué, señor Regúlez, ¿á dar unas vueltecitas á la noria?

—No; ya las daré ahora cuando me vaya á mi finca.

yuges, deseándoles toda clase de prosperidades y larga vida de placeres y dulces satisfacciones».

EL NOVIO

De mediana estatura, regordete, rubio, ojos azules, patizambo y un poco tardo en

el hablar. Flemático, tacaño y un poco dado al gin y al wi:ky.

Edad, veinticuatro años.

Mal trabajador.

LA NOVIA

Fisonomía agradable, sin ser hermosa; alta, nariz remangada, ojos pardos, boca no muy pequeña, labios gruesos. Coqueta como lo son las mujeres yankis, por cálculo. Huérfana de padre y madre.

Profesión cuando Tom le dijo los primeros chicleos: modista de sombreros.

LA LUNA DE MIEL

Duró poco. Los recién casados emprendieron el indispensable viaje de novios. Visitaron las principales ciudades de la Unión: Washington, Chicago, Filadelfia, Baltimore, Nueva Orleans, etc.

Tom gastó todos sus ahorros. Si alguien le decía: «¡Qué poco ha durado vuestro viaje!», encogíase de hombros, respondiendo impasible:

—Muy poco. Trescientos dollars.



—¡Pues señor, sí que estoy arreglada con este mareo que me entra al acostarme! ¡Me entrará también cuando me case!

NOVEDADES QUE HALLÓ TOM AL REGRESAR Á NUEVA-YORK

La casa Truch Leyson y Compañía había hecho bancarrota. Los tribunales entendían en el asunto y los socios estaban perseguidos por estafadores. Tom Sforz se encontró sin oficio ni beneficio, y lo que es más gra-

LA VECINA DE ABAJO



—Señora Ufrasia, dígala usted á su hija que no se mueva tanto en la cama, que se ponen nerviosas las chinches de mi alcoba.

ve, sin recursos para mantener á su esposa.

Sin perder un momento su impasibilidad característica, fuése á su casa y refirió á Ketti lo que sucedía.

Ketti puso cara de vinagre. No dijo una palabra.

Aquel día, el matrimonio comió gracias á los buenos sentimientos de una vecina caritativa que les prestó algunas monedas.

KETTI, SACANDO SU GENIO

—Esto no puede continuar así, Tom.

—¿Qué quieres decir?

—Me casé contigo porque tenías un destino y podías darme de comer. Si pretendes que me ponga á trabajar para atender al gasto de la casa, no lo esperes.

—No lo pretendo; y como esperaba esas palabras, debo decirte que tengo proyectado un viaje á las regiones polares.

—Y allí, ¿qué vas á hacer?

—Dedicarme á la pesca del bacalao, que es muy productiva.

—¿Y cuándo marchas?

—Mañana.

LO QUE PASÓ EN EL ESPACIO DE TRES AÑOS

Tom salió de Nueva-York y nadie supo nada de él. Se le tuvo por muerto.

Ketti, acosada por el hambre, volvió á hacer sombreros. Ocho meses después de la partida de su marido, dió á luz un niño, la viva imagen de Tom. La madre presintió que sería patizambo y tartajoso como el autor de sus días.

Aquella existencia tenía pocos encantos, y Ketti maldijo la hora, los minutos y los segundos en que conoció á Tom. Llenóle de improperios y determinó cambiar de vida. Llevó el niño á la Inclusa, y dedicóse á pasear por las calles levantando sus faldas más de lo regular.

No es preciso ser muy lince para adivinar cuáles eran los propósitos de Ketti.

QUIEN MORDIÓ EL ANZUELO

Un pastor evangélico, viudo y padre de cinco hijos, que anduvo bebiendo los vientos por Ketti, y la requirió con la honestidad propia de un ministro del Señor. Tenía una renta muy saneada, además de su sueldo, y así lo manifestó á Ketti, que abrió los ojos desmesuradamente y sonrió con coquetería.

—Quiere usted ser mi segunda esposa?

—Soy viuda.

—No importa.

—Tengo un hijo.

—Yo lo ampararé.

—Estoy acostumbrada á vivir con lujo. Soy caprichosa.

—Disponga de mi fortuna y de todo cuanto poseo.

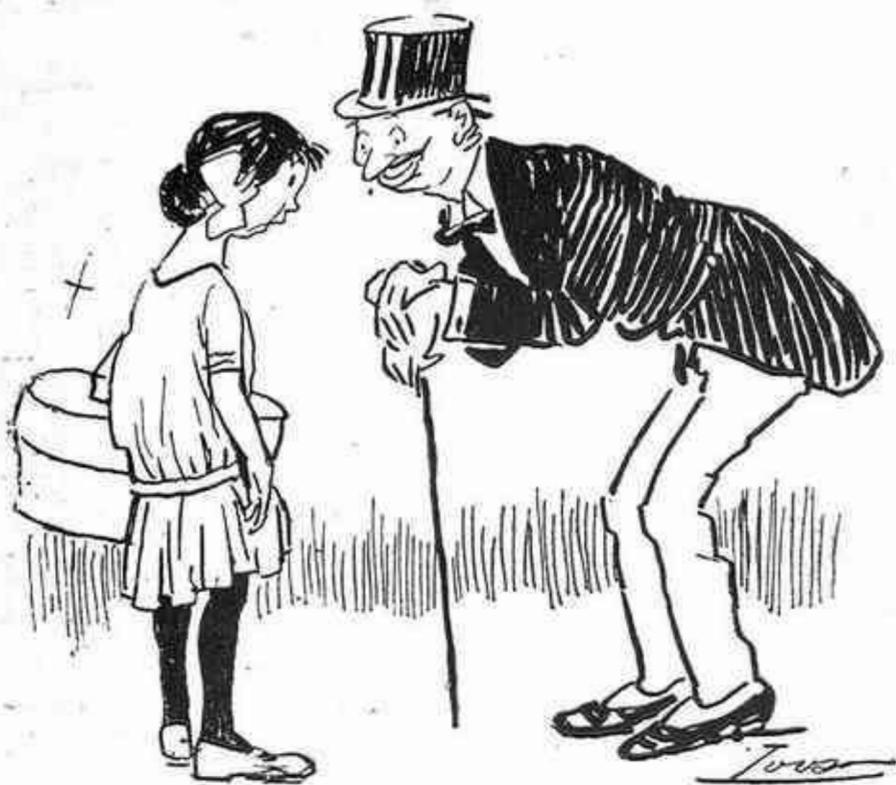
SEGUNDAS NUPCIAS DE KETTI

El pastor perdió la chaveta por su esposa. Ketti recogió su hijo, procuró alejar á los cinco vástagos de su marido y vió satisfechas todas sus ambiciones. Comparando á Tom con el pastor evangélico, la ventaja estaba de parte del segundo.

Tom era más joven, más vigoroso, pero el pastor era más rico. Esta condición supera á todas las demás que pueden concurrir en un hombre. Por otra parte mostrábase el eclesiástico tan fino, tan cortés, tan amable con su mujercita, habíase acostumbrado á obedecerle en todo y por todo de tal mane-

ra, que Ketti estaba como pez en el agua.
Al pobre Tom relegó al olvido. Ni un solo recuerdo tuvo para el infortunado pescador de bacalao.

—Habrá muerto—soía decir.—No deto



—¿Y si yo te ofreciese una pastilla de café con leche, la chuparías?]

—¡Tengo anginas!

preocuparme de este asunto... ¡Dios lo tenga en su santa gloria!

TOM NO HABÍA MUERTO

Hallábanse los esposos reposando una de esas comidas abundantes con que los ciudadanos de la Unión se refocilan, cuando ¡pim! ¡pim! llamaron á la puerta.

Abrió la sirvienta. Tom, con el traje estropeado, se presenta en escena. Ketti dijo al pastor:

—Te presento á mi difunto esposo Tomás Sforz.

CÓMO SE ARREGLAN EN AMÉRICA LAS CUESTIONES DE HONOR

—Caballero... Celebro verdaderamente...

—Tengo el gusto de ponerme á su disposición.

—¿Conque usted es?...

—Ya lo ha oído. Tomás Sforz, esposo de Ketti Vindsor y padre de ese niño.

—Yo, á mi vez, me presento á usted como segundo marido de Ketti.

—Muy señor mío.

—Supongo, Tom, que querrá usted hacer uso de todos los derechos que la ley le confiere.

—Así es, efectivamente.

—Lo creo muy justo; pero he supuesto que tal vez hubiera medio de arreglar las cosas sin que usted saliera perjudicado, ni yo tenga que renunciar á Ketti, á quien adoro con toda mi alma.

—Explíquese.

—Quinientos dólares por los derechos que tenga usted sobre Ketti.

—Es muy poco.

—Mil.

—Poco todavía.

—¿Cuánto pide?

—Seis mil.

—Trato hecho.

EPÍLOGO

Tom puso una taberna.

Ketti vive tranquila, derrochando la fortuna del viejo pastor, á quien parece amar entrañablemente. Los hijos del ministro del Señor andan por las calles de Nueva York pidiendo limosna.

El eclesiástico emplea el tiempo con su mujercita, las lecturas de la Biblia y las pláticas que dirige á los fieles, á quienes recomienda las excelencias del matrimonio y explica las ternuras del amor de padre.

J. Pérez Carrasco.



La mamá.—Dice tu padre que si accedes á casarte con D. Ceclio le encargará á Romero de Torres que te haga un retrato.

La niña, cándida.—Bueno, tan sólo por eso accedo; pero con la condición de que me lo haga Romero antes de casarme.

T A I I Ó N ⁽¹⁾

RUSCAMENTE abrieron la puerta; una mano descorrió violenta y rápida la cortina de terciopelo verde, y Germán, el antiguo criado de don Pablo, entró en el despacho.

Don Pablo le miró estupefacto:

—¿Qué te pasa, Germán?

El criado tardó un rato en contestar. Giraba en torno suyo la mirada cobarde; le temblaban los labios y las manos; en la frente brotaban menudas gotas de sudor.

—¿Pero qué tienes, Germán?

Se le había acercado su señor y le cogía de las manos buscándole la mirada y acechando las palabras rebeldes.

Inconscientemente, don Pablo recordó los años huídos; aquellas peligrosas aventuras en que Germán, siempre adicto y abnegado, le guardaba las espaldas y rompía de pronto el encanto del amor avisando con un silbido la llegada del esposo ó del padre ultrajado.

Ahora, frente á frente, inquisitiva la mirada del amo, azorada, medrosa la del criado, parecían evocar el momento pretérito.

—¡Habla, hombre! ¿Qué te pasa?

—No... da... Siéntese el señor... Verá...

Quería sonreír y la sonrisa era una mueca. Con mano temblorosa se limpió el sudor de la frente y del cabello blanco y fuerte, cortado al rape.

—Es que... verá... No se alarme el señor... yo creo que la señorita...

Fué un rugido lo que rasgó la garganta de don Pablo. Sus manos cogieron las solapas de la americana de Germán, y atrajo tan violentamente hacia así al criado, que chocaron sus rostros.

—¡Acaba! ¡Di!... ¿Está enferma?

—Peor... Tiene un hombre en su cuarto.

¿Que tie...?

Esta vez don Pablo retrocedió tambaleándose, buscando á tientas un sillón, una mesa, la pared, algo donde apoyar su cuerpo...

Luego miró desesperadamente, con una infinita amargura desolada en los ojos húmedos de lágrimas, á Germán.

—¿Qué has dicho, Germán?... Repítelo...

El criado inclinó la cabeza blanca sobre el pecho. Todo él temblaba de vergüenza y de pena por el deshonor del amo.

—La verdad, señor... En el cuarto de la señorita Luisa hay un hombre... Primero les oí hablar... Luego les vi desde el jardín... Se habían olvidado de cerrar la ventana...

—¿Y...?

No se atrevió á terminar la pregunta. Pero entre dos hombres como ellos que en tantas aventuras de amor habían sido protagonistas, no hacía falta tampoco. Germán apenas movió los labios para decir:

—¡Sí!

Don Pablo no quiso saber más.. A sus miembros, aflojados por los años y los placeres, acudió una repentina energía, el corazón volvió á latir como en los días lejanos, y, como en los días lejanos, un velo rojo le tapó las pupilas...

Salió del despacho seguido de Germán.

Atravesaron otra sala y otra más aún... Todas en silencio. Sobre muebles inmó-

viles resbalaba silenciosa la luna, arrancando muerta opacidad siniestra á los espejos, descubriendo los brillos de algún *bibelot* en una vitrina ó el oro de una moldura.

Ya no faltaba más que una habitación para llegar á la de Luisa, cuando Germán detuvo á don Pablo por el brazo.

—¿Lleva armas, señor?

Don Pablo se palpó instintivamente los bolsillos del botón con esa falta de lógica de los momentos decisivos.



D. PEPE FRANCÉS
que escribiendo y viviendo queda siempre bien...

(1) Fragmento de la interesantísima novela *La ruta del Sol*, que acaba de publicar José Francés.

—No.

—¿Entonces...?

Ante los dos hombres surgió la visión de aquel episodio—ya tan cubierto de tiempo—en que don Pablo, como el protagonista de cierto drama romántico, matara al padre de su amante.

—¡Bah! No es lo mismo... Ahora los hombres son más cobardes...

—Sin embargo, señor... Tenga...

Y en sus manos sintió don Pablo la frialdad chata y plana de una pistola *browning*. Pero rechazó el arma que caballerescamente le ofrecía Germán.

—No, Germán, no... Quitá; me tengo miedo á mí mismo.

Germán se guardó la pistola en el bolsillo. Anduvieron unos pasos más...

Frente á ellos, la puerta del cuarto de Luisa. Por las rendijas pasaba la luz del interior.

Escucharon. Silencio.

Lejos, sonaba la sirena de un automóvil zigzagueando en la distancia. Ladraba un perro. Por la ventana que había al fondo del pasillo entraba la romántica claridad de la luna trazando en el suelo a fimbriado de gis los rectángulos de los cristales donde temblaba la rama desnuda de un árbol.

Don Pablo llamó con los nudillos en la puerta.

—¡Luisa!

Nadie contestó. Ni el más pequeño rumor en la habitación iluminada.

Entonces don Pablo dió la vuelta al picaporte; pero la puerta tampoco cedió. Estaba cerrada por dentro con llave.

—¡Oh, Germán! ¿Has visto? ¡Luisa! ¡Luisa! Se oían los pasos de alguien que se acercaba. Tal vez alguna de las doncellas que dormía cerca del cuarto de la señorita.

No había que perder el tiempo. El cuarto tenía un gran ventanal que daba al jardín y por allí podían escapar.

Los dos viejos se dejaron caer contra la puerta, empujando... Pero la puerta no cedía...

Bruscamente encendieron la luz del pasillo.

Los dos hombres se volvieron asustados. Era la doncella.

—¡Pronto, Julia! ¡La llave de aquí!—exclamó don Pablo.

La doncella le miraba estupefacta, temblorosa.

—¿Yo, señor? ¿Estará dentro la señorita!... Yo no sé nada... ¿Qué pasa?

Pero, mientras, Germán había abierto la ventana del pasillo, saltó al jardín y debió entrar al cuarto de Luisa por la ventana.

Don Pablo y Julia le oyeron detrás de la puerta. Sonó la llave y al fin abrió. Pero en el cuarto no había nadie más que él.

El padre sintió el golpe en el corazón. Le faltaron las fuerzas, y toda su leyenda, brava y trágica, se deshizo en lágrimas...

José Francés



■ *La señora.*—Si eres discreta, cuando regrese de ver al señorito Luis, te regalaré la canisera que llevo puesta.

La doncella.—¡Qué buena es la señorita! Pero, procure no estropearla mucho.

MAGDALENA

Sintiendo del pecado que desdora el peso abrumador en su conciencia, ante Jesús postróse, en penitencia, implorando su gracia bienhechora.

Y El, que todos los dones atesora, con su infinita y suma omnipotencia quiso dar una prueba de clemencia, perdonando á la pobre pecadora.

Y mientras que, contrita y humillada, de Dios las bendiciones obtenía por método tan fácil y sencillo, desesperado en la infernal morada, al ver que para siempre la perdía, lloraba Satanás como un chiquillo.

Agustín Pajarón

TOMAR LA ALTERNATIVA



RA una ganga, lo que se llama una verdadera ganga, la ganga mayor de todas las gangas posibles é imaginables.

Todas las compañeras de Aurora la tenían envidia, no porque fuese una rubia encantadora, que entre ellas las había también muy encantadoras, más ó menos rubias ó morenas, sino porque había

pecto, y á esta edad no hay hueso que no le duela al más templado.

Don Hermógenes era rico como es de rigor que lo sean en las historias los carcañales que se desviven por las muchachas bonitas; así lo aseguraban todas las compañeras de Aurora, y así es de suponer; porque ¿qué otra cosa podía llevar á la encantadora rubia para permitir que se le acercase, como es de imaginar que se acercaría, un señor que casi nació cuando Pepe Loma, y que para mover un pie necesitaba una semana?

Ganaba Aurora seis reales en un taller de modista, desojándose en la costura, sufriendo lluvias y calores, y comiendo mal, muy mal, y lo que es más doloroso, vistiéndose no muy bien.

Todo cambiaría de aspecto, gracias al rezoñón Cupido que acertó á flechar la esponja seca que por corazón tenía don Hermógenes.

Todo se sabe entre las modistas. Se supo cuándo empezó el vejete á hacer el oso á la salida del taller; cuándo dió el abordaje; cómo, de qué manera y en qué circunstancias; cómo se fué insinuando y adquiriendo simpatías; cómo consiguió, por fin, ser tiernamente correspondido. Fue idilio verdadero, que tuvo por teatro más frecuente el café de Zaragoza, en la salita casi reservada donde suele haber poca gente y menos estorbos; donde se puede hablar con libertad; donde, por debajo de la mesa y por encima también, pueden dos almas enamoradas permitirse algún inocente desahogo.

La verdadera y estrepitosa bomba fué cuando corrió la voz de que don Hermógenes, rebosando pasión amorosa, pensaba llevar las cosas lo más lejos que en tales casos se pueden llevar: hasta la Vicaría. Una bandada de grullas acosadas por los cazadores, no arman algarabía tal como la que se armó en el taller donde en otro tiempo Aurora cosía.

Aseguraban las bulliciosas oficiales y aprendizas que el futuro era brigadier; que no la quedaba á ella viudedad si se casaba con él, por pasar de la edad reglamentaria (todas las mujeres están muy bien enteradas de estas cosas); pero que la dotaba en qué se yo cuántos miles de duros. Por el pronto, hacía ya más de dos semanas que Aurora se había despedido del taller y se fué á vivir con su palomo, porque éste le había puesto



— ¡Rediez, que «pratica» es! ¡Si parece un sifón!

hecho suerte; en otros términos, porque había encontrado un ganga.

En seguida se adivina que la ganga, la suerte que había hecho Aurora, era pescar en sus redes un señor que estaba muy bien, lo cual no quiere decir que no le doliese nada.

Probable es que al señor que pescó Aurora le doliese más que algo, porque de los setenta de edad pasaba, á juzgar por su as-

cuarto. Todo era verdad, para mayor conde-
nación de las envidiosas y murmuradoras.
Después de dos meses de amores platónicos,
durante los cuales el rendido galán demostró
su garbo pagando todas las noches el café con
tostada, regalando un abanico muy bonito y
sustituyendo los malos zapatos de rusel gor-
dón con unas botitas respunteadas, muy co-
quetonas; obtenido el ansiado sí, madura-
mente pensado, y el permiso de la mamá,
honorable portera de una casa de cuatro ve-
cinos, se verificó el matrimonio por detrás
de la iglesia, mientras se efectuaba el canó-
nico con arreglo al Santo Concilio de Trento,
que sería, de fijo, cuando se vencieran algu-
nas dificultades.

Instalada la rubia en el nido ya había he-
cho su suerte; ya no tenía que ir á trabajar;
ya tenía seguro su buen cocido con princi-
pio, y su cena regular; ya dormía en buena
cama; ya no la mandaba nadie; ya estaba tan
ricamente. Es verdad que todo esto no era
á humo de pajas; que no hay atajo sin tra-
bajo; que el que algo quiere, algo le cuesta;
que para recibir es preciso dar; que el
amante y futuro marido tenía pocos atracti-
vos; pero se hace de tripas corazón, y luego
que, armándose de filosofía, tanto daba el
vejete como el mismo Adonis; hombres son
todos. ¿Y ascender de un golpe, de simple
modistilla, á una de las más elevadas cate-
gorías del ejército, á brigadiera?

Completa fuera la felicidad si en el mun-
do no existiese Nicanor Ruiz de la Tijera,
joven, amable y de mucho talento, periodista
destinado á un porvenir lisonjero, á minis-
tro tal vez; pero que, por el pronto, tenía
que contentarse con doscientos reales men-
suales que tenía asignados como redactor
en un periódico político; se entiende, cuan-
do se los pagaban. La pícaro necesidad obli-
gaba á sacrificarle; pues aunque el corazón
decía que no, el estómago decía que sí, y el
estómago es siempre vencedor en estos
combates, pese á todos los poetas del pasa-
do, del presente y del porvenir.

Fué preciso hablar clarito, porque hablan-
do se entiende la gente, y de la discusión
sale la luz.

—Mira, Nicanor; todo eso de contigo pan
y cebolla, es una sandez que nadie practica.
Tú estás mal y yo no estoy bien. Al paso
que caminas, este invierno nos morimos de
hambre; porque los periodistas tendréis mu-
cho talento, pero jamás tenéis una peseta.
Tienes muchas esperanzas, pero un costal de
garbanzos es más sólido. Me voy con don
Hermógenes, pero no por eso dejo de que-
rerte; todo está reducido á que hagas un
poco costilla. Ya es viejo y poco puede vi-

vir; el día menos pensado da un barquinazo;
yo heredo y te avisaré por si quieres casarte
conmigo. Entre tanto, piénsalo; como ya sa-
bes que te adoro, quiere decir que sabiendo
mi casa, y no estando él, alguna vez que
otra... ya me entiendes.

Nicanor, que era muy sensato y había es-
tudiado filosofía en el Instituto provincial

EN LA CIUDAD LINEAL



El.—¿Quiere usted que hagamos una vaca?

Ella.—Eso es mucho; me conformo con un
cabrito.

de su país, se conformó con que alguna vez
que otra, y no estando él... pues.

Ya iban cumplidos dos meses desde que
la bella Aurora era oficialmente la querida
del viejo brigadier. Pesado era el hombre
y de firme le había entrado el amor, porque
no la dejaba á sol ni á sombra, y al bueno
de Nicanor se le iba agotando la paciencia,
porque aquello de que alguna vez que otra,
según la traza iba á ser letra muerta.

Pero suya era la culpa. ¿Quién le mete á
enamorar rubias encantadoras, no siendo
más que un periodista de á doscientos rea-
les? ¿Por qué no aprendió á zapatero, y ten-

dría un jornal decente, y el periodis no ganaría más?

Después de muchos afanes, recibió un billetito perfumado, que sólo contenía estas palabras:

«Mañana, á las nueve de la noche, puedes venir, por que él está de junta en el Círculo. Tuya siempre, Aurora».

Con esta seguridad, llegada que fué la hora, se plantó en el nido de la paloma y el ganso. La criada le franqueó la puerta y

brazos al cuello. En el mismo instante, sonó la campanilla, y se oyó la cascada voz de don Hermógenes.

—Escónjete en el gabinete—dijo Aurora temblando—; yo procuraré que se vaya pronto.

Venía el brigadier con el más bello humor del mundo. De buenas á primeras anunció á su querida, como noticia agradable, que aquella noche se la iba á dedicar por completo, hasta el amanecer, y quizá hasta el medio día siguiente, para ir juntos á almorzar á la fonda.

Nicanor pisó la noche en el gabinete, oyendo más de lo que quisiera, lo que pasaba en la alcoba. Al romper el alba pudo recobrar su libertad, gracias á que el viejo se quedó un rato dormido y la criada se compadeció de él.

Ocho días transcurrieron, y nueva cartita.

«Ahora sí que va de veras; ven, que él está enfermo.»

—De algún atracón, sin duda—murmuró el periodista recordando la noche de marras.—¡Diablo de hombre y cómo se explica!

Por fuerza que la sombra negra perseguía al pobre Nicanor, porque se encontró por tercera vez chasqueado. A los dos minutos de presentarse, cádate al brigadier.

—Pichona mfa—dijo entrando—vengo á esta botica á buscar el medicamento que me ha recetado mi doctor, pues dice que lo que yo padezco es una satiriasis atroz.

Esto lo oyó Nicanor desde su escondite, pues tuvo que apelar á la alcoba para dejar el paso libre á su afortunado rival.

Se apoderó del desdichado la mayor desesperación, y lentamente se consumía.

—Aunque me asegure Aurora que su sátiro ha muerto, no iré, porque estoy seguro que desde el otro mundo, resucitado por la lujuria, vuelve á éste á satisfacerla y á fastidiarme.

No había peligro. El maldito brigadier no tenía trazas de morir; al contrario, parecía rejuvenecerse.

Quién murfó fué Nicanor. Entre el brigadier, que no le dejaba meter baza, y el director del periódico que, á pretexto de estar éste tronado, en seis meses no le dió un céntimo á cuenta de su sueldo, dieron fin con él. Una mañana, al romper el alba, los barrereros de la villa encontraron su cadáver en un rincón de la calle de Pez. El frío, la miseria y la abstinencia en toda su extensión, habían hecho su oficio. Lo que se encontró fué un haz de huesos envueltos en harapos y un sombrero muy encasquetado en una calavera.

Manuel Cubas.



El empresario.—Promoverá usted un escándalo, si sale desnuda de la cintura para arriba.

La artista.—Pues eso tiene arreglo; saldré desnuda de la cintura para abajo.

pasó á la sala donde estaba su bella, pero no sola, sino con don Hermógenes; y por cierto que el señor brigadier estaba tomando una ración de amor, á que había convidado á su dulce prenda.

Rápido como el rayo, el periodista, cediendo al instinto, se encasquetó el sombrero hasta los bigotes, y abandonó la casa, pidiendo mil perdones y diciendo que se había equivocado de piso.

Al día siguiente otro billetito:

«Fué una casualidad, por que se suspendió la junta; pero hoy ven á la misma hora, y no te llevarás chasco.»

Llegó; afortunadamente Aurora estaba sola, esperándole. Rebosando amor la rubita, al verle corrió hácia él, y le echó los

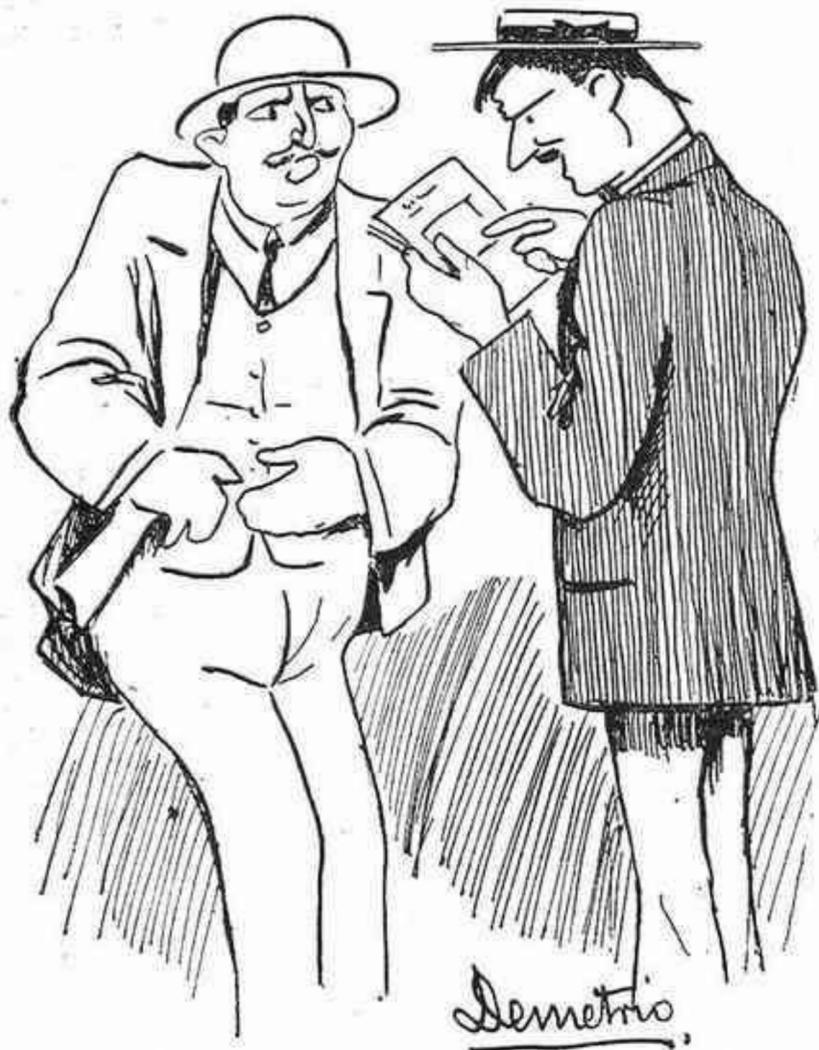
LA BUENA SOCIEDAD...



L elegante y veterano *vividor* Ernesto Z. se casa.

«¿Contra quién?» preguntará algún mal intencionado.

«Contra nadie», lector. Porque Z. es rico y guarda todavía un saludable resto de juventud. Todos le hemos visto, una vez cuando menos, en las mesas de Fornos ó en los balcones de La Peña. Es de regular estatura, delgado, simpático; el



Demetrio

—¡Yo lo que le digo á usted es que este desnudo de mujer no existe en el natural!

—¡Pues yo le apuesto dos pesetas á que mi mujer lo tiene tan perfecto ó más!

El cansancio ha cavado ya sobre sus mejillas dolorosas arrugadas y en sus sienes los cabellos comienzan á blanquear: pero todavía sus ademanes son insinuantes y sueltos, las guías de su bigote conservan el empingorotamiento altanero de los verdes años, su monóculo lanza, desde su aro de oro, reflejos que atraen la curiosidad de las mujeres.

Z. se casa por casualidad; la casualidad es la que le lleva al altar.

La historia es muy sencilla, casi cómica. Ernesto *flirteaba* (como ahora dicen) con la

marquesa de N.; una antigua belleza que ya poyeaba cuando mataron á Prim, pero que se mantiene frescota, en corsetada y deseable como una doncella. A algunos exigentes dicen que Eusebia N. tiene el seno demasiado prominente, las caderas demasiado amplias y rollizas, la sotabarba un poco colgante...

No importa. Eusebia es una jamona agradable, muy ducha en lides de salón, que sabe exaltar sus encantos y mantener á su alrededor, en todos los saraos, una corte de admiradores.

A principios del último mes de Mayo, una tarde Ernesto Z. fué á casa de la marquesa. Ella le habia dicho la víspera, al salir del teatro:—Vaya usted á verme; estaremos soles.

—Se trataba, por consiguiente, de una cita «casi definitiva».

—La señora —dijo el criado que recibió á Z.— está acabando de vestirse y ruega á usted la espere en el salón. Ernesto aguardó más de diez minutos. De pronto se abrió una puerta y apareció una joven como de diez y ocho años, lindísima, que al ver á Z. se detuvo lanzando un pequeño grito de sorpresa.

—Perdone usted, señorita —exclamó Ernesto inclinándose—, el susto que he causado. Estoy esperando á... su tía, la señora marquesa.

—A mi madre, querrá usted decir, caballero —repuso la joven sonriendo tristemente.

A pesar del gran dominio que, á fuer de hombre mundano, Z. ejercía sobre sus nervios, sus labios no pudieron abstenerse de repetir admirados:— ¡Su madre!...

—Sí, señor. No me extraña que usted lo ignore; mi existencia, en la historia de mi madre es un detalle que conocen contadas personas. Luego añadió bajando los ojos y con profunda amargura:

Lea usted el jueves en EL LIBRO POPULAR

LA HORA DE LA CAÍDA

por Antonio de Hoyos y Vinent

20 CÉNTIMOS

—Mi madre no quiere presentarme en sociedad por no parecer demasiado vieja.

Z., que se habla quedado pensativo, interrogó:

—¿Vive usted en Madrid?

—No, señor; resido, desde la edad de siete años, en un convento de la provincia de Segovia...

La joven se había marchado y Ernesto aun permanecía de pie, los brazos cruzados, absorto en la contemplación mental de aquella criatura cuyos ojos azules, llenos de bondad, habían removido toda su ternura.

Cuando la marquesa llegó, el rollizo cuerpo palpitando bajo una vaporosa bata de encaje, Z. pareció despertar de un letargo. Ella preguntó:

—¿En qué piensa usted?— Sin duda esperaba un requiebro; tal vez, un abrazo.

—Señora—replicó Z.,—pensaba en que me decidiese á pedir á usted la mano de su hija.

La marquesa palideció y hasta tembló

EL PARAISO

Alcalá, 149.—Teléfono 2.414

DELICIOSO PARQUE DE RECREOS

Varietés.—Cinematógrafo.

Banda militar.—Patines.

Law-tennis.—Cable aéreo.

Trinquete Americano.—Tiro

al blanco.—Etcétera.

El sitio más agradable de Madrid

Tarde, á las siete.—Noche, á las nueve y media.

como si fuere á caer. Z. añadió, bromeando cruelmente:

—Nos casaremos el otoño próximo y, el año que viene, todos se admirarán al saber que es usted abuela.

Luis de Ossa

EL LIBRO POPULAR

(Editado por la Empresa de «La Hoja de Parra»)

QUE PUBLICA TODOS LOS JUEVES UNA NOVELA COMPLETA Y RIGUROSAMENTE INÉDITA, ILUSTRADA

32 páginas en papel couché: 20 céntimos

NÚMEROS PUBLICADOS:

La infanticida, POR JOAQUÍN DICENTA

En las cavernas, POR LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

En la manigua, POR LUIS MOROTE.

EL JUEVES PRÓXIMO

LA HORA DE LA CAÍDA
por Antonio de Hoyos y Vinent

Seguirán, durante el primer trimestre, originales de los Sres. José Nakens, Tomás Luceño, Pedro de Répide, Juan Pérez Zúñiga, Eugenio Sellés, Antonio Cortón, «Don Modesto», Eduardo Zamacois, Antonio Viérgol, Felipe Trigo, «Colombine», Antonio Zozaya, Carlos Miranda y «El Duende de la Colegiata».

(SIN EXCEPCIÓN)

No se admitirá original que no se haya solicitado

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO EIP. DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

● REVISTA FESTIVA ●

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.—NÚMERO ATRASADO: DIEZ CÉNTIMOS.

APARTADO DE CORREOS, NÚMERO 547.